

Sección de Filosofía de la Facultad de Humanidades

Ilustración y antisemitismo. Paranoia e  
identidad (En torno a la *Dialéctica de  
la Ilustración*)

Grado en Filosofía

Trabajo de Fin de Grado realizado por  
Marcelo Herrera González

bajo la supervisión del profesor  
Isaac Álvarez Domínguez

Marzo 2024

# Índice

<b>Introducción</b> .....	2
<b>Antecedentes</b> .....	4
<i>Mimesis</i> .....	4
<i>Dominio</i> .....	5
<i>Lenguaje</i> .....	9
<i>El grito de terror</i> .....	10
<i>El problema de la Ilustración</i> .....	11
<b>Estado actual</b> .....	15
<i>Falsa proyección, paranoia y antisemitismo</i> .....	15
<i>Negatividad y reconciliación</i> .....	17
<b>Discusión y posicionamiento</b> .....	21
<b>Conclusión y vías abiertas</b> .....	25
<b>Bibliografía</b> .....	27

# Introducción

*Dialéctica de la Ilustración* conforma una interpretación dialéctico-antropológica desarrollada por Max Horkheimer y Theodor Adorno publicada en el año 1944. Tres años más tarde aparecería una nueva versión que añadiría la tesis «Elementos del antisemitismo». La obra constituye el diálogo entre ambos pensadores y sus «temperamentos», así como su preocupación y experiencia compartida. La crítica que aquí se expande trata de reunir las claves que habrían llevado a una forma totalitaria de la Ilustración<sup>1</sup> que acompañaba a una forma totalitaria de vida social. El rastreo de Horkheimer y Adorno da con la Ilustración como punto de partida hacia esta regresión. Una crítica a la sociedad, el lenguaje y las formas de conocimiento se volvería urgente.

*Dialéctica* pretende analizar el dominio de la naturaleza y su recorrido a lo largo de la historia con el fin de – entre otras cosas – probar que el fascismo no fue un mero incidente histórico. El dominio ejercido sobre la naturaleza, que inicialmente sirvió como mecanismo de autoconservación y que pondría en marcha el proceso de Ilustración, habría evolucionado hasta llegar a las formas de autodestrucción de la propia Ilustración y la humanidad ejemplificada en el antisemitismo.

Horkheimer y Adorno observan cómo el pensamiento ilustrado, en busca de nuevos cimientos sobre los que fundamentar el conocimiento – y dejar atrás el mito –, habría traicionado sus propios principios reduciendo el pensamiento y la verdad a la propuesta neopositivista. La tesis central mantiene que desde la Ilustración el pensamiento habría degenerado en una forma puramente positivista que opacaría la capacidad transformadora, *negativa* o reflexiva que también le es inherente.

Debido también a esta deriva totalitaria del pensamiento reconocerían en las formas de identificación modernas la tendencia hacia un *mundo administrado*, es decir, una infraestructura que rige y violenta cada vez más sobre los seres vivos. A esto se le sumaría lo que tematizan como *falsa proyección* y *paranoia*, elementos que articulan (el pensamiento antisemita) el proceso de corrupción que experimentaría el individuo que llega a secundar el antisemitismo.

---

<sup>1</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 22

Concretamente en la parte dedicada al antisemitismo llevarían a cabo un análisis de las formas en que se concreta y se legitima socialmente la identidad al servicio de la aniquilación del otro.

Pero suponemos que la crítica de Horkheimer y Adorno se dirige hacia una propuesta dialéctica y crítica de *reconciliación* con lo no idéntico o lo «completamente otro», lo diferente. Para ello, se devolvería al pensamiento la dimensión reflexiva que le es propia. Se abogaría por volver a la «exigencia clásica de pensar el pensamiento»<sup>2</sup>, y por un conocimiento capaz de volverse sobre sí mismo, reflexivo. Este pensamiento estaría enraizado también en la religión judía con la prohibición de “tomar la mentira como verdad” y de tomar el conocimiento como “denuncia del error”<sup>3</sup>, ocupado en la negación de lo falso y lo injusto.

Llegar a «lo privado de conceptos por medio del concepto»<sup>4</sup> sería el *quehacer* de la filosofía. En este estudio se pretenden plasmar aspectos del pensamiento contenido en la *Dialéctica*. El lenguaje empleado por Horkheimer y Adorno, aún con apariencia poética o aporética, logra ilustrar la complejidad de la realidad de sus días y creemos que la de nuestra época.

---

<sup>2</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 40

<sup>3</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 40

<sup>4</sup> Adorno, T. (2005), p. 21

# Antecedentes

## *Mimesis*

La forma de dominación de la naturaleza más temprana habría tenido lugar mediante la asimilación mimética del entorno. El acercamiento por parte del primitivo a la cosa constataría el primer impulso de conocimiento. Esta actitud ante la naturaleza pretendía comprender lo que se mostraba a través de los sentidos, por lo que el individuo pondría en marcha su capacidad de identificación diferenciando así unos estímulos de otros. Este proceder es lo que Horkheimer y Adorno llaman proyección.

La proyección más primigenia tendría lugar en un pasado humano animal donde, a modo de mecanismo para la defensa y la adquisición de alimentos, las especies reaccionarían de buena o mala gana a los estímulos del exterior para garantizar su supervivencia<sup>5</sup>. Lo que Nietzsche llama primeras impresiones intuitivas<sup>6</sup>, que son captadas a través de los sentidos, debieron proyectarse sobre la naturaleza para poder dominarla. Este mecanismo, mediante el que se identifica el mundo y por medio del cual se obtiene un poder de dominio sobre la naturaleza, llegaría a automatizarse quedando convertido en reflejo. Es decir, habría permanecido como proceso petrificado y arraigado a la parte no consciente del individuo.

Según Horkheimer y Adorno, el mundo logra constituirse como «producto inconscientemente elaborado»<sup>7</sup> de la proyección espontánea que generaba el «instrumento animal en la lucha por la vida». Aquel producto pudo petrificarse y constituirse como el sistema de las cosas o mundo objetivo sobre el que reposa toda explicación posterior. Según ambos autores, que referencian una sentencia de Kant al hilo de esto, la sedimentación de este «arte oculto en lo profundo del alma humana»<sup>8</sup> cristaliza en el universo del que la ciencia solo puede hacer abstracciones<sup>9</sup>.

---

<sup>5</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 202

<sup>6</sup> Nietzsche, 1994, s. p.

<sup>7</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 202

<sup>8</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 202

<sup>9</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 202

La proyección espontánea de la prehistoria animal habría asentado los cimientos sobre los que reposa y se articula el conocimiento humano. La percepción vendría determinada por la objetividad, y la objetividad por la proyección primitiva. Así, lo percibido correspondería con la objetividad que se encuentra en el interior del individuo y que permanece oculta.

Lo que permanece oculto e indescifrable ya no sería la cosa externa inaccesible sino la relación entre ser humano y naturaleza, es decir, el mecanismo que según Horkheimer y Adorno habría quedado petrificado en lo profundo del alma humana en la etapa prehistórica.

### *Dominio*

La evolución histórica del ser humano estaría marcada por el impulso de autoconservación que lo llevaría a asimilarse cada vez más a la naturaleza. En este acercamiento habría acontecido un distanciamiento de la cosa. Y es que, esto que tematizan como «endurecimiento» es también el proceso de opacamiento de la cosa.

El precio a pagar por el desarrollo del aparato dispuesto para la supervivencia resultaría en el endurecimiento del humano frente a la cosa. A modo de protección, el humano se habría asimilado a la naturaleza en momentos de terror. Estas reacciones habrían supuesto históricamente la formación de esquemas para la autoconservación. Es decir, se habrían consolidado estructuras internas que guiarían la acción humana. El yo ya no se asimilaría directamente a la naturaleza sino más bien a aquellos esquemas que resultaron del desarrollo de la especie y que asentaron su mundo objetivo.

De este modo, las reacciones ante lo terrorífico se estarían asimilando a lo muerto<sup>10</sup>, a aquellos «esquemas arcaicos» que como una cáscara muerta<sup>11</sup> se habrían sedimentado quedando petrificados en «lo profundo del alma humana»<sup>12</sup>. Así, cuanto más intenta el humano acercarse a la naturaleza más parece complicar su acceso a ella. Con esto, la historia de la humanidad podría verse como un camino donde el desarrollo técnico avanza

---

<sup>10</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 195

<sup>11</sup> Mesa, 1992, p. 78

<sup>12</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 202

en paralelo y con un ritmo creciente semejante al del endurecimiento frente a la naturaleza.

El dominio identificador en tanto mecanismo habría posibilitado el progreso de la especie hacia un mayor dominio de la naturaleza. Su complejidad habría ido en aumento hasta llegar al yo idéntico. Horkheimer y Adorno exponen el desarrollo que habría experimentado la mimesis a lo largo de la historia. Tres son las fases que resultan de este estudio.

Una primera fase correspondería a la de una conducta completamente mimética, donde el individuo se «acomodaría orgánicamente al otro»<sup>13</sup>. En esta fase arcaica la dominación sería muy elemental y respondería a las exigencias de la autoconservación animal. Además, mediante el mecanismo de autoconservación se habría consolidado el mundo objetivo del ser humano.

La segunda fase daría comienzo con la civilización, y es la que nuestros autores llaman «la fase mágica». Esta etapa se caracterizaría por «el uso regulado de la mimesis», pues se habría dado un paso más en la complejización del aparato mimético. Así como nuestros autores lo ilustran, el individuo habría aprendido a dominar la naturaleza socialmente. El objeto de la conservación pasaría a ser la explicación del mundo a través de la imitación corporal. La identificación aquí sería inmediata por la adecuación irreflexiva que se lleva a cabo. Horkheimer y Adorno sostendrían que la prohibición de estas formas miméticas de vida se tornó necesaria en cuanto el progreso formó una alianza con la técnica.

Por último, encontramos la fase histórica que se caracteriza por la práctica racional. Ésta supondría el último estadio en el esfuerzo humano por alejarse de la mimesis, y en ella se habría concretado el trabajo como práctica racional por excelencia. La identidad respondería ahora a lo dictado por la técnica gracias al surgimiento del yo idéntico, cuya voluntad de conservación se depositaría en la ciencia.

Lo que tiene lugar en este último estadio sería pues el endurecimiento de lo humano en su lucha por adaptarse a la naturaleza. Se habría llegado a un momento en que el dominio de lo múltiple es llevado a cabo no mediante una adaptación física a la naturaleza -que también es una forma de identificación- sino a través del mecanismo identitario en su máxima expresión. Es decir, lo diverso sería subsumido bajo lo idéntico, bajo el concepto.

---

<sup>13</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 195

Para Horkheimer y Adorno la deriva de este mecanismo de dominio pone al descubierto el carácter totalitario que late desde un principio bajo el sujeto y que se implanta para combatir la naturaleza identificada como terror. El terror habría puesto en marcha un dominio de la naturaleza vital para la conservación de la vida. Así, la forma última de dominación, que es la identidad, también se encontraría bajo el manto explicativo del terror. Con otras palabras, la respuesta hacia una naturaleza que desde el primer momento aparecía en oposición al ser humano y a su impulso de autoconservación cristalizó en dominio social sobre ella<sup>14</sup>; el terror se habría mantenido articulando la acción humana y dictando su camino hacia la identidad. El trágico desenlace que viven Horkheimer y Adorno se habría desarrollado a través del mecanismo que permitió la conservación de la vida.

El desarrollo paulatino de la identidad depositaría sobre la naturaleza un dominio social que escalaría hasta llegar a la ciencia. La repetición observada y organizada que la caracteriza constituiría la forma de dominación más avanzada, y por ello, una adaptación a lo muerto – una asimilación de la objetividad del sujeto consigo mismo – perfeccionada. Si ya la adaptación por medio de magia a la naturaleza era adaptación a lo muerto – es decir, asimilación de la naturaleza como reflejo del sujeto (mímesis refleja) –, la técnica se despoja del carácter no medido que tiene la imitación corporal para casi llegar a lo que tematizan como «alienación absoluta».

A lo que apuntan con esta alienación es a la distancia que separaría al sujeto de la naturaleza en sí misma, que se haría más grande a medida que el ser humano se esforzase más por reducirla. Dicho de otra forma, cuanto más se desarrolle el ser humano para comprender la naturaleza, ya sea a través de artilugios, mediciones, religiones, sistemas, etc., más obstáculos habrá puesto en su camino hacia lo que permanece oculto. En lo tocante a esta dimensión no se podría decir, según la teoría expuesta en *Dialéctica*, que sea posible el acceso a ella. Aun así, Horkheimer y Adorno defienden que mediante el concepto pueda llegarse a lo que se encuentra privado de conceptos.

Al hilo de esto, Horkheimer y Adorno muestran dicha problemática a través del ejemplo de una viejecita que pone una vela a San Genaro por el nieto en la guerra. Ésta se encontraría más cerca de la verdad que los párrocos que bendicen las armas<sup>15</sup>. Lo que esta

---

<sup>14</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 196

<sup>15</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 194

situación llegaría a representar es lo alienados que están los párrocos frente a la confianza mágica de la anciana. Ésta habría olvidado su fe, y por ello lograría asimilarse inconscientemente a la naturaleza mediante el ritual que la religión le brinda. Mientras que aquellos habrían hecho de su palabra la verdad absoluta que todo lo puede.

Horkheimer y Adorno continúan su crítica al pensamiento instrumentalizado con la técnica, la cual habría logrado la «automatización de los procesos mentales» transformándolos en «acontecimientos ciegos»<sup>16</sup>. Esto muestra cómo incluso las estructuras cognitivas se habrían puesto al servicio de las exigencias que como veremos se siguen del pensamiento ilustrado.

Lo que quedaría de la adaptación a la naturaleza sería el endurecimiento frente a ella<sup>17</sup>, ahora configurado bajo la identidad del yo consigo mismo. El dominio identificador de la realidad le permitiría ahora reunir lo diverso bajo lo idéntico a través del concepto. De esta forma, el aparato conceptual se habría consolidado como la forma más compleja y «sublimada» de mimetismo<sup>18</sup>.

Ahora bien, Horkheimer y Adorno observan retazos todavía evidentes de un comportamiento mimético que habría quedado sepultado por el dominio técnico de la naturaleza. Según nuestros autores, la civilización posibilitó el olvido y la renuncia de lo mimético. Esta renuncia se habría asentado de tal manera en el individuo «que no llegaría ya a realizarse conscientemente»<sup>19</sup>. Pero en medio de un mundo racionalizado seguiría repugnando el gesto mimético que como residuo sigue presente, y que no se corresponde con el contenido de la idiosincrasia. Lo molesto en este gesto, dirán Horkheimer y Adorno, corresponde a algo sumamente familiar que procede del interior<sup>20</sup>.

Los grupos históricamente dominados habrían heredado y mantenido el gesto indisciplinado generación tras generación. Ésta sería la marca que el sufrimiento habría grabado en ellos y que ahora se presentaría insoportable para el civilizado. Lo que subyace al enfurecimiento es el miedo «que tuvo que quedar olvidado para sobrevivir en las nuevas relaciones de producción»<sup>21</sup>.

---

<sup>16</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 196

<sup>17</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 196

<sup>18</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 196

<sup>19</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 196

<sup>20</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 196

<sup>21</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 197

Horkheimer y Adorno muestran cómo la expresión, que sigue aflorando a modo de mueca, se contrapone a la seriedad de la existencia<sup>22</sup>. El lamento sería la forma mediante la que la expresión llega a encerrar el sufrimiento de la propia existencia<sup>23</sup>. Con el trabajo se habría contenido el lamento, y aunque no acabara con el gesto mimético sí provocaría la «interrupción del sufrimiento»<sup>24</sup>. Pero su consecuencia inmediata, sería la configuración de individuos impasibles. Pues, donde se inicia el frío cálculo que desposee a la naturaleza de su lamento y se apropia de él, ya se hallaría anunciado el terror<sup>25</sup>. Aquellos que siembran el terror conseguirían legitimarlo, o al menos convencerse a sí mismos de ello, a través de la llamada a la violencia por parte de la víctima. El lamento llamaría a la apisonadora del civilizado que todo lo iguala, que acomoda el espíritu y desecha lo particular mediante la técnica. Ésta habría posibilitado incluso la dotación de un nuevo sentido a la palabra.

### *Lenguaje*

Como muchas otras cosas, el lenguaje también estaría al servicio del antisemitismo por ser parte del entramado identitario. A través del lenguaje el dominio identificador llegaría a constituirse socialmente, dando lugar a los conceptos. Horkheimer analizó el uso lingüístico de su época y escribió sobre la relación que éste guarda con el poder por servirle de instrumento. Unos apuntes que desarrollaría para sus clases en Columbia, titulados «Cópula y subsunción»<sup>26</sup>, recogen este pensamiento.

La lógica discursiva, que estudia el lenguaje y que Horkheimer analiza, seguiría la línea ciega a la que ya se encuentra adherida la ciencia. Aquella habría asumido los principios positivistas de la ciencia con el fin de poder «operar», al igual que ésta. Aquí, la tarea del lenguaje sería subsumir lo múltiple bajo la unidad y abrazar el presupuesto de un orden fijo de categorías por el que se atribuye la inmutabilidad a la naturaleza<sup>27</sup>. Esta subsunción llegaría a realizarse a través de la cópula «es», con la que la realidad quedaría atada a una

---

<sup>22</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 197

<sup>23</sup> Así lo ilustran Horkheimer y Adorno en *Dialéctica*: «(...) en todo lamento parece estar contenido el mundo entero».

<sup>24</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 197

<sup>25</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 197

<sup>26</sup> Marzán y Hernández, 1999

<sup>27</sup> Marzán y Hernández, 1999, p. 269

supuesta naturaleza atemporal. La lógica discursiva, así como la ciencia positiva, no contempla la temporalidad inherente a la realidad porque no puede apresarla de una vez y para siempre.

La cópula «es» fundaría la identidad del objeto desde una naturaleza «fantasmal», es decir, desde un presupuesto de inalterabilidad del que también su concepto participa. Con un lenguaje que tiende a la identidad y que, por operar, no desarrolla una crítica hacia sí mismo, la vida se habría vuelto más administrable. Como consecuencia de este sistema establecido sobre *todo lo que domina el lenguaje* y no sobre *todo lo que puede el lenguaje* – en todas sus dimensiones –, lo que se abalanza ahora sobre los individuos singulares sería la violencia de la identidad.

Identificar y clasificar se habrían asentado no solo como parte constitutiva del uso lingüístico sino también de las relaciones humanas<sup>28</sup>. Horkheimer observa que todo pretende apresarse bajo el concepto, con él se identifica la realidad previniendo que ésta escape. Y es que, así como se produce la reducción de lo múltiple a la unidad, también esto se aplica a los individuos, pues se les condena identificándolos como «un rojo, un fascista, un enemigo...»<sup>29</sup>.

### *El grito de terror*

Para Horkheimer y Adorno el grito de terror se convierte en el elemento que mejor ilustra el inicio del proceso de identificación. A través del grito se identificaría lo desconocido que produce miedo. Esta reacción constituye un comportamiento mimético con el que se pretendería dominar la naturaleza. Aunque *a priori* pareciera que este dominio es ejercido sobre la naturaleza interior del sujeto, también violenta contra la exterior. Con esto, la cosa en sí misma *enmudecería* en favor del desarrollo de un conocimiento identificador. La realidad quedaría atada, identificada y subsumida bajo un elemento que la domina de manera antropomórfica. El grito habría logrado la distancia con el objeto necesaria para la formación del concepto.

---

<sup>28</sup> Marzán y Hernández, 1999, p. 272

<sup>29</sup> Marzán y Hernández, 1999, p. 272

Si bien el conocimiento que se deriva de la ciencia positiva cree haber conseguido una comprensión absolutamente verdadera y universal del mundo, en realidad constituye la petrificación de lo que un día causó terror y tuvo que identificarse bajo una forma de dominación. Ahora bien, lejos de constituir el fiel reflejo de la realidad, al menos sí constituiría el reflejo del espíritu en su lucha por la vida.

Como hemos visto, el dominio de la naturaleza que ejercería el conocimiento en su movimiento, con el proceso último de subsunción de lo diverso bajo lo idéntico que tiene lugar bajo la fuerza del espíritu, se habría cristalizado en el producto muerto de la cosa en sí. Esto dista mucho de la forma mimética que pudo adquirir antaño y que hacía justicia a la omnipotencia de la naturaleza: *mana*<sup>30</sup>. Por ello, y tras el análisis que plasman en su pensamiento, Horkheimer y Adorno sostendrán que solo en el reconocimiento autoconsciente del dominio podría surgir una reconciliación con la naturaleza.

### *El problema de la Ilustración*

Pese al carácter dominador de la identidad, la crítica al conocimiento que se formula en *Dialéctica* también contiene un análisis positivo del mismo. Y es que, el pensamiento que no tiende a dominar la naturaleza sería anómalo. La formación de conocimiento se llevaría a cabo mediante el dominio que desde las intuiciones evoluciona hasta el sistema. Horkheimer y Adorno expresan que el pensamiento no obtiene el resultado esperado en la praxis si su ‘natural’ proceder se ve alterado, es decir, si la formación de conocimiento no se da según el esquema intuición-sistema.

Así, los principios sobre los que la Ilustración pretendería desarrollarse al depositar su confianza en la razón conformarían para Horkheimer y Adorno, «la forma de conocimiento que mejor se relaciona con los hechos»<sup>31</sup>. El dominio de la naturaleza que se ejerce aquí es el último estadio en el refinamiento del mecanismo de autoconservación del ser humano, y por ello, el más eficaz.

Ahora bien, la Ilustración no pudo atar bien los conceptos por los que pretendía andar, pues el concepto de razón se tambaleaba. La idea de universalidad impresa en sus

---

<sup>30</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 54

<sup>31</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 95

términos y la contundencia de sus juicios habría permitido que las dificultades quedaran veladas<sup>32</sup>; la ambigüedad sería superada gracias a la creencia en una razón que lo podía todo. La deriva de la razón cristalizado en la ciencia al servicio del sistema industrial. Así, el fin dominador de un esquematismo *inocente* sería aprehendido y apropiado por la lógica de una sociedad industrial.

El pensamiento ilustrado habría abandonado la crítica para convertirse únicamente en ciencia positiva. Desde el momento en que firmara el pacto con la absolutización del dato estaría asintiendo a la regresión del pensamiento. Es decir, en medio de un proceso de expansión de los medios de producción, el pensamiento se habría convertido en mercancía<sup>33</sup>, alejándose de su componente reflexivo. Lo que Horkheimer y Adorno muestran es que la sistematización de la ciencia no habría degenerado en mera instrumentalización si la dimensión filosófica no se le hubiese extirpado.

Kant habría intentado fundamentar el fondo que sostendría filosóficamente la verdad de la ciencia. Su apunte hacia una autocomprensión de la ciencia se escaparía del pensamiento instrumentalizado por el que el fenómeno se torna relevante en cuanto se convierte en identificable. De ahí que la elevación de la experiencia, por parte de Kant, como algo más que mero operar haya sido rechazada por la Ilustración posterior.

El ideal ilustrado habría favorecido a la creación de un sistema donde el aparato conceptual determinaría la experiencia. Es decir, la percepción estaría decidida ya antes de que se produjera<sup>34</sup>. El interés en el fenómeno convertido en dato – identificado –, y el aislamiento de un pensamiento científicista frente a un pensamiento reflexivo, habría consolidado también lo que Horkheimer y Adorno tematizan como mundo administrado. Pues la naturaleza, por haber sido identificada únicamente bajo la óptica de la ciencia – y no a través de otros campos o disciplinas dedicadas a la reflexión – se habría convertido en el material administrable de la ciencia, con el que ésta opera. Los procesos se habrían vuelto calculables, repetibles, sustituibles, y, por ello, administrables<sup>35</sup>. Y más tarde, como apuntarían Horkheimer y Adorno, esta lógica también se aplicaría a los individuos.

El mecanismo identitario del ser humano se habría expandido, abarcando así cualquier esfera de la vida a modo de razón instrumental. Así como el concepto lograría establecerse

---

<sup>32</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 95

<sup>33</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 12

<sup>34</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 96

<sup>35</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 96

casi de manera totalitaria a través de los modelos conceptuales del sistema, así también la verdad, mediante las lógicas de la administración y la elaboración, es decir, de la ciencia al servicio de la industria.

Pero, así como la razón allanaría lo diferente en la naturaleza, también lo habría logrado en el ser humano. La razón en tanto que ciencia sistemática lograría clasificar al ser humano a la vez que lo somete a la reducción a número y fórmula. El dominio identitario ya no necesitaría esconder su interés, más bien se enorgullecería de éste; el concepto en tanto que artificio y logro de la humanidad, cuya naturaleza tiende a lo universal, constituiría ya solamente el reflejo de lo que de provecho puede extraerse de lo particular.

Como hemos visto, Horkheimer y Adorno observan en Kant el precursor filosófico de una Ilustración que, posteriormente, habría acabado renunciando a su componente filosófico. Mientras que para la ciencia la realidad se revela como un operar matemático, para Kant comportaría algo más. Por ello, la Ilustración habría rechazado la doctrina kantiana como fundamentación de sus principios. Habiendo confiado el lugar de la verdad a la ciencia, el movimiento ilustrado habría derivado en ejercicio técnico, dejando a un lado la reflexión; esta verdad acogería la razón del paisaje de utilidades de Diderot, y por ello, por reposar sobre un sistema científico que no se cuestiona a sí mismo, habría renunciado al pensamiento tal y como Horkheimer y Adorno lo conciben.

Podría decirse que para nuestros autores la verdadera potencia del pensamiento no reside en la razón instrumental sino en su componente de negatividad. La negación como posibilidad del pensamiento constituiría la dimensión que habría dejado a un lado la Ilustración al confiar en la ciencia sistemática. Este ejercicio, de autorreflexión -y por ello, de negación-, mostraría su capacidad para subvertir las formas en que el pensamiento tiende a concretarse.

Ahora bien, lo que cae bajo la sentencia de un juicio comportaría un momento del pensamiento que habría logrado consolidarse a modo de concepto, palabra, o cosa. Es decir, el concepto habría alcanzado su representación en el mundo a través del juicio, cuya naturaleza sería tomar su sentencia como verdadera. De alguna forma, tras haber emprendido una búsqueda de la verdad a través de la negación, Horkheimer y Adorno habrían comprendido el elemento totalitario que late en el pensamiento y que se materializa a través del juicio. Esto es lo que Horkheimer y Adorno tematizarán como «paranoia», es decir, el mundo que conocemos y que se habría construido a base de

identidad. Esta paranoia constituiría la dominación de la naturaleza cosificada, hecha conocimiento. De este modo, gracias a que el juicio es paranoico por elevar su verdad a universal, podría la sentencia de un juicio alcanzar una materialidad en el mundo de las cosas.

Pero, como lo que abanderaría la Ilustración en tanto que filosofía sería la identificación de verdad con sistema científico<sup>36</sup>, la figura de la verdad se reduciría al sentido unívoco que le da la ciencia y con ello «el pensamiento habría sellado su propia nulidad»<sup>37</sup>. Con esto, la reflexión se volvería casi impracticable, pues es bajo el mismo sistema – que dicta las leyes que debe seguir el pensamiento – donde se desarrolla la actividad científica. Aun así, la sociedad, que ya habría dejado atrás la religión, encontraría un alivio en la nueva paranoia, la ciencia sistemática. Un nuevo sentido se habría instalado bajo la paranoia.

Con esto, la sociedad se habría salvado, y con ella el sujeto. Es decir, el sentido hecho sistema velaría por el sujeto en tanto que mecanismo de autoconservación y de dominio. Si bien la sofisticación paulatina de este mecanismo ha revelado su carácter destructor, el individuo no podría anular el aparato que le habría permitido sobrevivir históricamente. En la sociedad de masas lo sistémico se le mostraría por doquier en forma de salvación; y la verdad a la que se entregaría le habría prevenido de su enfermedad enfermándolo: a través de la paranoia colectiva.

---

<sup>36</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 97

<sup>37</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 97

# Estado actual

## *Falsa proyección, paranoia y antisemitismo*

Tras la adhesión totalitaria de la Ilustración a la razón instrumentalizada, el mecanismo identitario habría degenerado hasta convertirse en falsa proyección o proyección pática, que es la que caracteriza al antisemitismo. Horkheimer y Adorno apuntan a que tal degeneración es muy similar a la que constituye la forma de dominación de la mimesis reprimida. De hecho, aquella mimesis sublimada que habría evolucionado desde un estadio de asimilación de la naturaleza conformaría la parte todavía no enferma de la proyección.

Podría decirse que la degeneración de la mimesis tiene una bifurcación cuyas ramificaciones apenas se diferencian entre ellas por estar enraizadas en el mismo «pecado original del pensamiento»<sup>38</sup>, la identidad. Una rama estaría visiblemente enferma por su carácter abiertamente destructor y dominador, y otra considerada sana que también llegaría a ser una degeneración de la mimesis más elemental.

En la mimesis lo exterior se convertiría en el lugar donde lo interior debe buscar el sentido, por lo que lo extraño que aparece como ajeno llegaría a ser familiar<sup>39</sup>. Con la falsa proyección, en cambio, el interior se convertiría en proyección irreflexiva que configura lo exterior. El individuo que participara de lo que Horkheimer y Adorno identifican como enfermedad social lo llamarían *paranoico*.

El individuo paranoico de Horkheimer y Adorno tendría atrofiada la percepción, pues habría tergiversado el mecanismo por el que el pensamiento identifica lo exterior y lo dispone en el interior para ser proyectado. Así habría de expandirse la percepción, mediante un recorrido abierto de la proyección. La primera forma de percepción la alcanzan a ver nuestros autores en un pasado animal donde sería necesaria la defensa y la alimentación para la supervivencia. Y es que, a modo de herencia, este mecanismo habría quedado grabado en el ser humano.

---

<sup>38</sup> Mesa, 1992

<sup>39</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 201

Como vimos, según Kant, el mundo objetivo ya está determinado, pero éste no se encontraría en el exterior sino en la relación ya determinada entre exterior e interior. El modo en que podemos conocer la realidad, dirán Horkheimer y Adorno, es el producto de la proyección espontánea que llevó a cabo el instrumento animal en la lucha por la vida<sup>40</sup>. De esta forma, podría decirse que el objeto *es* en tanto que participa de la imprimación antropomórfica de la percepción. Es decir, el sujeto se relaciona con el mundo de los objetos, y en virtud de aquello que Kant llamó «el arte oculto del alma humana»<sup>41</sup>, puede conocer y establecer relaciones hasta constituirse como sujeto autoconsciente.

El sistema de las cosas o mundo de los objetos, que subyace a toda impresión, coincidiría entonces con lo que habría quedado sedimentado en la proyección espontánea del animal. Esta sería la objetividad que ahora el ser humano sondea y a la que atribuye unidad. Así pues, el conocimiento no puede ser de otra manera que antropomórfico. De este modo lo explica también Nietzsche<sup>42</sup>, que asiente ante las formas a priori kantianas en que podemos conocer y que comprendería el objeto como entidad inaccesible que solo llega a traducirse levemente a través de la proyección.

Las impresiones captadas por los sentidos generarían una imagen del mundo exterior. El mundo obtendría representación gracias al sujeto que habiendo superado el contenido sensorial habría podido reflejar el objeto. Es decir, su misión sería restituirle a la realidad lo que a ésta le pertenecería, por lo que el mundo que se refleja en el interior no se proyectaría idéntico a sí mismo, sino que lograría la identidad del sujeto consigo mismo en el movimiento que éste habría emprendido en busca del sentido. «El sujeto vuelve a crear el mundo a partir de las huellas que éste deja en sus sentidos»<sup>43</sup>.

Lo percibido mediante los sentidos constituiría el acercamiento más inmediato a las cosas, pero por ser percibido estaría mediado, es decir, la cosa no se revelaría tal cual es. Horkheimer y Adorno sostendrán que aquello que quedó olvidado en el enterramiento de la mimesis más elemental podría ser intuitivo mediante la conjunción entre los datos de los sentidos y el pensamiento entregado a dichas impresiones.

Al hilo de esto, habrían situado una de las raíces del antisemitismo en el desarrollo de una proyección carente de reflexión. Esta interrupción en la reflexión del objeto provocaría

---

<sup>40</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 202

<sup>41</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 202

<sup>42</sup> Nietzsche, 1994, s. p.

<sup>43</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 203

que el individuo no pueda ya reflexionar sobre sí y tampoco establecer diferencias<sup>44</sup>. Si el dominio presente en la proyección fuese medio irremediable para el conocimiento, en el antisemitismo se convertiría en un fin. El individuo se habría convertido en un paranoico que proyectaría incesantemente su voz contra todo lo que encontrase, pues no permitiría que el mundo de los objetos arrojara luz sobre su interior.

El poder se instalaría en el individuo y pondría en marcha su maquinaria enajenante. El mundo exterior ya no tendría nada que aportar a la actividad creadora del sujeto, pues éste ya solo percibiría desde la óptica de sus «ciegos fines»<sup>45</sup>. Para alcanzarlos habría arremetido contra sí mismo y contra los otros. Preso del poder habría incorporado a su sistema todo cuanto favoreciera «la unidad cerrada de lo siempre igual»<sup>46</sup>. Horkheimer y Adorno aseguran que en el sistema carente de fallas radicaría el carácter mítico de su poder.

Así pues, la problemática que aparece en el pensamiento instrumentalizado y que se materializa a través del antisemitismo no sería otra que la falta de reflexión. Por tanto, lo que habría enfermado en el antisemitismo sería el proceso percepción-proyección. Como hemos visto, lo que cabría esperar del sujeto es que, a partir de las intuiciones percibidas sea capaz de proyectar desde el interior el reflejo del objeto. Como esta restitución no llega a darse lo que proyectaría sobre la naturaleza sería el dominio. Éste se convertiría en fin en sí mismo y proyectaría sin control alguno.

El paranoico no encontraría apoyo para su pensamiento más que lo que lo encuentra en su interior. Por esto, su locura estaría fundada en la incapacidad para la reflexión y la negatividad del pensamiento.

### *Negatividad y reconciliación*

El concepto de Ilustración encarna un ideal reconciliador que fracasaría con lo que Horkheimer y Adorno tematizan como empobrecimiento del pensamiento<sup>47</sup>. Según nuestros autores, un dominio sin reflexión es un dominio no reconciliado con su

---

<sup>44</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 204

<sup>45</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 205

<sup>46</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 205

<sup>47</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 55

naturaleza. Y es que, alcanzar este encuentro permitiría revelar que el atributo de necesidad concedido al conocimiento es una imposición que lleva a conformar una naturaleza totalitaria. Ahora bien, si hay alguna forma de derrocar lo que una y otra vez pretende endurecerse y establecerse socialmente sería a través de la intransigencia de la teoría convertida en praxis<sup>48</sup>.

Como ya mencionamos, Horkheimer y Adorno llegarían a aseverar que la Ilustración es totalitaria y destructiva. El componente de dominio identitario que contendría el conocimiento ilustrado no permitiría dar una vuelta al objeto del pensamiento para llevar a cabo un autoanálisis, por lo que sus fines y esperanzas quedarían depositados en una razón meramente instrumental. Las formas en que se concreta el ideal ilustrado apuntarían desde un primer momento al despliegue de una racionalidad científica. El paradigma ilustrado es la racionalidad, y el punto culmen de su caída la pudieron presenciar nuestros autores. La razón reducida a operación se habría vuelto contra lo humano, es decir, la razón humana se habría encargado de exterminarse a sí misma.

El punto histórico de *Dialéctica* y de sus autores revela la confluencia de ciertos elementos que habrían propiciado una crítica sumamente esclarecedora. El ejercicio de reflexión que tenía pendiente la Ilustración se habría vuelto pertinente en este tiempo en el que la emergencia histórica habría desenmascarado por completo la ficticia realidad consolidada desde el *Iluminismo*. Por ello, solo una Ilustración que se volviera sobre sí para pensarse a sí misma podría alcanzar su máxima expresión; reconciliarse con el mecanismo que permitió el progreso significaría reconocer la falsedad de lo absoluto, la raíz destructiva y totalitaria que late en el «principio del ciego dominio»<sup>49</sup> o principio de identidad.

El concepto constituiría la forma de identificación más pulida y que mejor «se ajusta a todas las cosas en el lugar donde se las puede apresar»<sup>50</sup>. Constituye el elemento principal del sistema legado por la Ilustración mediante el que el conocimiento consigue la subsunción bajo principios. La sistematización de la realidad acontecería gracias a lo que Kant llamó «el esquematismo del entendimiento puro»<sup>51</sup>. Este mecanismo permitiría la adecuación de lo percibido para una correcta comprensión por parte del entendimiento.

---

<sup>48</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 55

<sup>49</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 56

<sup>50</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 53

<sup>51</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 94

Es decir, el esquematismo logra imprimir al sujeto en las cosas antes de que éstas entren a formar parte de su aparato conceptual. Así, las impresiones podrían acomodarse a una red conceptual que aspira a la unidad del pensamiento y también a la del sistema<sup>52</sup>.

El pensamiento, dirán Horkheimer y Adorno, es débil en sí mismo. Se habría rendido ante la «monolítica positividad»<sup>53</sup> del juicio y su irresistible fuerza. Lo positivo se habría asentado contundentemente y habría seducido al pensamiento, lo que provocaría que la negatividad no pudiera ni siquiera mostrarse. Esta negatividad como característica intrínseca del pensamiento posibilitaría la reflexión en tanto que constante impedir la solidificación del juicio.

A lo que apuntarían Horkheimer y Adorno, como propuesta dialéctica de reconciliación, sería a la reivindicación de la negatividad en que el pensamiento propiamente consistiría. El proceso negativo del pensamiento, reflexivo, debería ser complementario al «juicio solidificado». Éste encarnaría la primera etapa en la formación del conocimiento, en la que se emitiría un juicio con pretensión de verdad absoluta acerca de la realidad. Seguidamente, lo que restauraría la paranoia en que se encuentra el juicio sería la negación. En la medida en que el pensamiento se vuelve consciente de su actividad, que contribuiría a constituir verdades antropomórficas y en ningún caso alcanzaría la verdad en sí misma, podría identificar la coerción que la percepción imprime sobre el objeto devolviéndole al fenómeno una forma reflexiva, y por ello más rica.

La negatividad del pensamiento habría sido desplazada en un proceso de autoconservación de la especie, lo que revelaría la contundencia de lo positivo. Horkheimer y Adorno sostienen que la reflexión habría jugado un mal papel para la supervivencia del humano primitivo. Por ello, un pensamiento objetivante habría predominado en su evolución y se habría instalado en la especie por constituir una herramienta para el dominio de la naturaleza.

El ahora refinado dominio de la naturaleza que, según Adorno y Horkheimer, tendría su origen en el dominio primitivo de las fuerzas naturales, estaría prescindiendo del proceso subjetivo. Pero es que, para salvar la incertidumbre se habría de instalar la paranoia, o en

---

<sup>52</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 94

<sup>53</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 209

palabras de Nietzsche, para salvarse a sí mismo «el hombre prefiere querer la nada a no querer»<sup>54</sup>.

---

<sup>54</sup> Nietzsche, 2011, p. 233

## Discusión y posicionamiento

En *Dialéctica* se llegaría a concluir que lo que habría dado de sí el «realismo absoluto» en que ha derivado la ciencia en la sociedad industrial, donde lo aparente consigue el estatus de verdad absoluta, sería la realización de un fascismo que violentaría contra la naturaleza y contra el mismo ser humano. Del dominio, que podría intuirse *a priori* como natural y que se habría instaurado inocentemente en cada una de las actividades de comprensión del ser humano desde su etapa más primitiva, surgiría el monstruo del fascismo.

En la inocente donación del objeto se encontrarían insertos elementos subjetivos que trastocarían la percepción y que «supondrían una coerción»<sup>55</sup>. Solo el pensamiento autoconsciente podría identificarlos y superar la violencia impuesta sobre la realidad. Es decir, si el proceso del conocimiento habría de llevar implícita la adhesión de lo conceptual a la percepción, el sujeto podría identificar esta coerción y llevar al pensamiento hacia la negatividad. Para Adorno y Horkheimer la negación abre la cosa, lo absolutizador simplemente «sucumbe al poder ofuscador de la falsa inmediatez»<sup>56</sup>.

Nuestros autores apelan a una conciencia subjetiva del proceso de identificación. Aquel proceder o conocimiento que se reconoce sin negación atentaría contra la realidad por llevar a absoluto el fenómeno. Todavía cerrado mediante capas impuestas inconscientemente, el fenómeno podría abrirse si saliera de la patología absolutizadora del conocimiento<sup>57</sup> y asintiera al movimiento negativo del pensamiento.

Ahora bien, el principio de identidad se concreta mediante la formulación del juicio, que constituye una aseveración positiva e ilusoria. Horkheimer y Adorno reconocen necesaria la afirmación por la que el juicio puede llegar a establecerse como tal; su fuerza reside en ser paranoico. Pero en cuanto el pensamiento, capaz de cuestionar y reformular el juicio, no se deja ya trastornar<sup>58</sup>, ha fracasado por no reconocer su limitado alcance.

Esta premisa sería decisiva para la tesis que se plasma en *Dialéctica*. La paranoia estaría instalada como condición sin la cual la formación del conocimiento no puede darse. El

---

<sup>55</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 208

<sup>56</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 208

<sup>57</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 208

<sup>58</sup> Horkheimer y Adorno, 2007, p. 209

sistema que el sujeto crea en su encuentro con el mundo de los objetos es la objetividad compartida entre todos los seres humanos, es decir, la objetividad como ficción, paranoia necesaria para el desenvolvimiento del sujeto en la vida. Esta objetividad, como ya hemos visto, se formaría gracias al esquematismo o estructura cognitiva que provoca que los datos de los sentidos caigan en un mismo marco.

Así, una paranoia no enferma sería ‘natural’ en el sentido en que nace de la relación subjetiva históricamente ya decidida. La identidad ha de ponerse en marcha para que el conocimiento pueda acontecer. Aunque la Ilustración haya fracasado en su intento por demostrar una razón omnipotente, sin identidad en el proceso de proyección no sería posible la elaboración de conocimiento; y es que, efectivamente, el conocimiento tendría que ser creación, y no descubrimiento.

Sin embargo, la identidad que habría caído en manos de la paranoia enferma nunca más podría ser identidad. Ésta precisa de un sujeto abierto al objeto para ponerse en marcha, y aquí el sujeto se encontraría encerrado en sí mismo. Su disposición distaría mucho de la del individuo sano pues no permitiría el movimiento necesario para la proyección. De los datos del exterior que entran en la consciencia y toman forma a través del pensamiento solo quedaría la soledad de éste.

Un desarrollo precoz de la reflexión habría condicionado y perjudicado el desarrollo y la supervivencia de la especie. Los ejemplares homínidos con un pensamiento contenido y no extremadamente reflexivo habrían dominado de forma más eficiente la naturaleza, lo que les habría permitido un mayor desarrollo de la estructura cognitiva destinada a tal efecto.

A lo que apuntan con esta interpretación de la teoría de la evolución es a la predominancia del individuo que pudo sobrevivir por un carácter marcadamente dominador. Éste se habría impuesto más contundentemente ante la amenazante naturaleza que el resto de los de su especie.

La identidad como mecanismo no cesaría, y así seguiría funcionando tanto como mimesis como a través de la identidad conceptual. Es decir, lo que la civilización se encargó de sepultar, esto es, la mimesis por adaptación orgánica y la mimesis mágica, seguiría latente con manifestaciones evidentes y espontáneas en el sujeto.

El odio que recae sobre el judío llegaría a ser la reconducción del impulso de autoconservación. El dominio de lo otro encuentra en el judío -como figura de poder económico sin poder político- una posibilidad de concentrar aquello que la civilización se habría encargado de reprimir. El antisemitismo tendría su raíz en la identificación que crea el sujeto. La fuerza de la identidad habría caído sobre el «judío», así como sobre el «rojo» y sobre el «negro» de manera aplastante.

Esta negativa a lo cambiante que abraza lo siempre igual tendría su manifestación directa en la ciencia positivista. La tensión sujeto-objeto tiende a resolverse de manera totalitaria una y otra vez pues, el objeto, dominado e identificado, solo puede ser cruelmente aprehendido por el sujeto.

El concepto en sí mismo sería cruel – y así también la historia de la humanidad – por encerrar y clasificar bajo un elemento del pensamiento la inmensa multiplicidad de que participa la realidad. Todo quedaría reducido, simplificado e incluso «mutilado». La identidad en tanto que mecanismo habría escalado hasta alcanzar un dominio que se volvería contra la naturaleza y contra el mismo individuo. Y es que, por haberse perfeccionado a través de un pensamiento instrumentalizado sus fines no podrían sino caer en la consumación de un atentado contra sí mismo.

Ahora que mediante la ciencia se logra la mayor administración del mundo, parecería que no queda siquiera espacio para el desarrollo del pensamiento que cae fuera de la elaboración. Todo se encontraría ya pensado, conceptualizado, y nuestra tarea sería la de adherirnos a esa red infinita de conceptos definitorios de nuestra sociedad. Sin embargo, el pensamiento también es capaz de pensarse a sí mismo y repensarse como instrumento de dominio.

De hecho, su tarea primordial sería la de repensar el mecanismo por el que se ha logrado tanto la constitución como la aniquilación de la especie. En nombre de la administración y del concepto habríamos llegado a un lugar donde se justificaría la exterminación del otro. Pues lo que se recoge en el concepto promete establecerse en el mundo a modo de verdad.

Lo que habría cristalizado en el concepto lucharía por imponerse y consolidarse como una verdad. Esta verdad constituiría el establecimiento social de una conceptualidad

determinada sobre una sociedad determinada, es decir, el cielo conceptual que se cierne sobre un pueblo<sup>59</sup>.

---

<sup>59</sup> Nietzsche, 1994, s. p.

## Conclusión y vías abiertas

Quizá Horkheimer y Adorno fueron conscientes en todo momento de lo que se escapaba a la palabra. Por más que intentemos explicar algo sobre una cosa intentando englobar todo lo que la caracteriza siempre se habrá falseado u opacado algo de su esencia. Por esto, encerrar bajo un solo concepto la realidad atenta contra la misma. Aunque el ser humano deba sus progresos a este proceder mediante el cual domina la naturaleza, Horkheimer y Adorno rechazarían esta forma de asimilación de la realidad y habrían buscado una más débil.

Por débil nos referimos a aquella que por buscar no falsear la cosa se embarcaría en una travesía llena de matices. Amenazaría con distraerse, mimetizarse y llenarse de todo lo que la sociedad industrial habría dejado de lado, todo lo que le pertenece al ámbito de la cultura y en especial al arte y a las formas de conocimiento no positivas. Éstas – y entre ellas, como dirían Horkheimer y Adorno, la filosofía – generan un campo de conocimiento que se aleja del mazo de la ciencia. Ésta crea para dominar la naturaleza con un fin, las otras crean para deshacer ese nudo identitario que nos separaría de la realidad en sí misma.

En el momento en que las disciplinas o las formas en que se aprehende la realidad se hacen conscientes del dominio que ejercen sobre la realidad: la filosofía mediante los conceptos; el arte plástico mediante la alteración de materiales y colores en el plano físico; la música a través de la creación de escalas, instrumentos, etc.; la poesía mediante la palabra y los conceptos; reinventan el acercamiento a la cosa por haberse vuelto un proceso autoconsciente.

Para dar cuenta de la realidad, la teoría no podría ser una abstracción de ella. Aunque por definición lo sea -y así también los conceptos y el lenguaje- los esfuerzos de Horkheimer y Adorno se basaron en acercarse a la realidad y representarla sin nombrarla. Esto sería posible al asumir la insuficiencia inherente al concepto para representar la realidad. Por medio de la adición paulatina de matices -y casi sin saltar a la vista-, los conceptos habrían ido dando forma a lo que se intenta describir.

La tesis que sostienen apunta a que la Ilustración se caracterizaría por la fácil adhesión del movimiento a un pensamiento exclusivamente racional dirigido a instrumentalizar el

mundo. Con la matemática se creyó haber descubierto el mundo y sus leyes. Y puede que lo que se hubiese descubierto fuera la puerta hacia un mundo donde todo se encuentra amenazado por estar dominado mediante la identificación. La identidad habría aniquilado la multiplicidad en las cosas y, tiempo después, también a personas por sus diferencias raciales.

Aun así, la reconciliación que plasmarían en *Dialéctica* llegaría a desarrollarse más profundamente en *Dialéctica negativa*, de T. Adorno. Aquí, la reconciliación entre sujeto-objeto la encarnaría la misma dialéctica, cuyo proceder por excelencia es la reflexión. Lo que constituiría la fuerza de la dialéctica como forma de conocimiento sería la posibilidad que esta presenta para desentrañar lo diferente que lo universal habría ocultado en su formación. Así, lo no-idéntico, lo otro, prometería mostrarse a través de la dialéctica.

Con el concepto se lograría encerrar una realidad. Pero la reconciliación prometería que la filosofía como proceso dialéctico pudiera hacer trascender al concepto. Este cometido que Adorno reconoce en la filosofía pretendería vehicular la búsqueda a través del concepto hacia lo que él mismo no alcanza. Es decir, por comportar una abstracción, una cosificación, el concepto se encontraría enlazado a una realidad que permanecería inaccesible para él. Así, idealmente «la comprensión del carácter constitutivo de lo no-conceptual en el concepto acabaría con la coacción a la identidad que el concepto, sin tal reflexión que se lo impida, comporta»<sup>60</sup>.

---

<sup>60</sup> Adorno, T. (2005). p. 23

# Bibliografía

Adorno, T. (2005). *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*. Akal

Adorno, T. (2011). *Teoría estética*. Akal

Horkheimer, M. y Adorno, T. (2007). *Dialéctica de la Ilustración*. Akal

Marzán, C. y Hernández, M. (traductores) (1997). Cópula y subsunción. Oración principal y oración subordinada, de Max Horkheimer. *Laguna*, 4, 269-277

Mesa, C. (1992). Identidad, pecado original de todo pensamiento. Sobre la antinomia de teoría y crítica en el pensamiento de Adorno y Horkheimer. *Laguna*, 1, 73-88

Nietzsche, F. (1994). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*.

<https://www.elelandria.com/libro/sobre-verdad-y-mentira-en-sentido-extramoral/friedrich-nietzsche/1012>

Nietzsche, F. (2011). *La genealogía de la moral*. Alianza